



2427

José Santos Chocano.

LOS CONQUISTADORES

DRAMA HEROICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Estrenado con aplauso en el Teatro de la Princesa

la noche del 7 de Abril de 1906.

MADRID

LIBRERIA DE GREGORIO PUEYO

Calle del Carmen, 33.

1906

14

LOS CONQUISTADORES

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.

José Santos Chocano.

LOS CONQUISTADORES

DRAMA HEROICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Estrenado con aplauso en el Teatro de la Princesa la noche del 7 de Abril de 1906

MADRID

LIBRERIA DE GREGORIO PUEYO

Calle del Carmen, 33.

1906

REPARTO

LA ÑUSTA.....	SRTA. MORENO.
SÚMAC.....	TORRES.
DON GARCÍA.....	SR. ECHAIDE.
EL INCA TOPARCA.....	COMES.
DON ALONSO.....	VIÑAS.
DON RODRIGO.....	CATALÁ.
EL GRAN SACERDOTE.....	NORRO.
CALCUCHIMA (Personaje mudo).....	ROMÁN.

La acción en el Imperio del Sol.—Epoca de la Conquista.



INTRODUCCIÓN

(TELÓN CORRIDO)

Vais á ver un poema. Todo no es en la vida
prosa. También á veces una senda florida
se desarrolla sobre los ásperos breñales.
La palma de la gloria crece en los arenales.
Vais á ver un poema. Lo que en lejano día
era prosa viviente se ha vuelto hoy poesía;
y es porque, como Jorge Manrique lo ha cantado,
siempre mejor ha sido todo tiempo pasado.

Volved, volved el alma sobre el pasado. El coro
de los siglos alaba las épocas de oro
de nuestra raza. Ante ellas se yergue el pensamiento
como un soldado, sale de la tumba el acento
de un clarín, en las sombras se adivinan fragores
y comienza el desfile de los Conquistadores.

Cada vez que se quiera tornar al bien perdido,
cada vez que en el pecho desfallezca el latido,
cada vez que vacile la esperanza y la suerte
abandone la vida, recurrid á la muerte;

que ella dará lecciones de energía, arrebatos de gloria, viejas armas, ensueños insensatos, quijotescas locuras, delirios iracundos, cuanto cruzó los mares, cuanto llenó los mundos. Vais á ver un poema de los tiempos famosos; los hombres eran héroes y los héroes colosos; y así se descubrieron las tres cosas más grandes que existen: el Oceano, nuestra raza y los Andes.

Es el alma española de entonces á manera de un enorme diamante que tres caras tuviera. Un alma con tres fases: una toda hidalguía, una toda cariño y una toda energía. Un alma que es ensueño ó es amor ó es castigo. Tres nombres: Don Alonso, Don Juan ó Don Rodrigo.

Y frente á los tres nombres de aquella alma española, que triunfó sobre el Ande como sobre la ola, el alma de los indios irguióse en la porfía; y así hoy se ven en medio de tanta poesía, la Cruz toda tristeza y el Sol todo alegría...

Y bien: á vuestros ojos han de pasear su pompa tiempos merecedores de la épica trompa. Miraréis armaduras y miraréis los trajes incaicos, los airones de plata y los plumajes, acorazados pechos y frentes coronadas, los broqueles de cuero, las ilustres espadas, cuanto en el exotismo de esa Edad se diría uno como volcado cofre de pedrería. No en vano es en la tierra de los Incas el drama que vais á ver: el fuego del Sol todo lo inflama. Y hoy que la raza sufre la adversidad es bueno acudir á la muerte, cuyo insaciable seno ofrece en las lecciones de los pasados días momias abandonadas y armaduras vacías...

Y es bueno que la musa del poeta renueve la estrofa resonante del siglo diecinueve.

Así, ya que unas veces cual un galgo que salta
es ágil, y otras fuerte como la nota alta
de un arcabuz que suena desde una Edad remota,
y otras ágil y fuerte como un bridón que trota,
con su arcabuz sonoro, su bridón y su galgo,
llega el endecasílabo á modo de un hidalgo.
Justo es que el verso arroje las despreciables heces,
hoy que todo se innova; pero es hidalgo á veces
resucitar el verso sin tacha ni mancilla,
en que rugió Quintana y en que trinó Zorrilla.

Y ahora... ya se puede levantar sin cuidado
el telón de los siglos, para ver el Pasado.







ACTO PRIMERO

El escenario representa una explanada frente á una fortaleza incaica en un bosque tupido. La fortaleza sólo debe ofrecer á la vista uno de sus ángulos. En último término, sobre el bosque, ha de verse la cordillera de los Andes, uno de cuyos picos aparecerá nevado. Banco de piedra en primer término.

ESCENA PRIMERA

DON ALONSO y DON RODRIGO

D. AL. Razón había Soto. Yo os lo digo por mi cristiana fe. Pensad que cuando se derrama la sangre, Don Rodrigo, inocente, aunque sea de enemigo, se enoja el mismo Dios.

D. ROD. El buen Hernando de Soto, el tan cumplido caballero que así sabe en la lid vibrar su acero como sabe en la paz tender la mano al mismo que antes combatió, no es hombre para estos lanceç, don Alonso. Humano será, mas permitid el que me asombre al pensar que á esta tierra hosca y bravía

se venga, entre las rabias del Oceano,
á dar sólo lecciones de hidalguía.

D. AL. Se viene á ser lo que se fué: cristiano.

D. ROD. ¿Y en el nombre de Cristo; indiferente
habéis de estar á la blasfemia impura?
¿No os basta ver la torpe idolatría
con que adora á su Sol aquella gente?
¿Y no os basta escuchar cómo perjura?
¿Y no os basta saber cuánto es impía? .

¿No desnudáis el vengativo acero
contra esa raza de Luzbel? ¡En vano
invocáis vuestra fe de caballero,
si no la defendéis como cristiano!
¿Acaso vuestra espada se desnuda
únicamente al conquistar el oro?
Hubo el Cid Campeador lauros sin duda
porque no escatimó sangre de moro...
Debe muerto rodar quien se resista;
que al ir ganando triunfadoras palmas,
les damos á la vez en la conquista
al Rey las tierras y á la Cruz las almas.

D. AL. Por más que os esforcéis, ¡oh Don Rodrigo!
no habréis de persuadirme de que es justa
la muerte de Atahualpa. No: yo abrigo
raro presentimiento que me asusta.
Ya que sangre me dió tan inocente,
unos con otros en cercano día
reñiremos tal vez; y el Continente
presa será del vértigo furente
de torpe instinto ó de ambición sombría.
Entonces ¡ay! que con la espada en mano,
unos con otros en batalla horrenda,
sin conocer ni perdonar hermano,
el fratricidio nuestra sangre encienda,
aquel Inca infeliz habrá venganza;
y, cuando ya se escape el bien remoto,
tendréis que dar razón en tal matanza
á quien siempre la tuvo.

D. ROD.

¿A quién?

D. AL.

A Soto.

¡Él es el bueno! Él es la generosa
alma que vos negáis; él, que su pecho
á cualquiera amenaza oponer osa;
él, que al peligro y al fragor es hecho;
él, que jamás en la contienda ruda
en la mano sintió temblar la espada,
pues sin tener razón no la desnuda,
ni la enfunda tampoco deshonrada.
¡Él es el bueno! Y yo como él, que un día
rescatará su puesto en la memoria
de nuestra España, en épica osadía
siento crecer mis ímpetus de gloria;
mas yo no he empañarlos de tal suerte
que manchados estén con sangre y cieno...
Sabed: yo soy el bueno y vos el fuerte.

D. ROD.

Verdad: yo soy el fuerte y vos el bueno.

D. AL.

Mejor mil veces fuera que el monarca
subsistiera cautivo: y no que ahora
tengamos que inventar á ese Toparca
de falsa estirpe y de intención traidora.

D. ROD.

¿De traidora intención? ¡Cómo! ¿Y aquella
india, la Súmac, vuestro amor, acaso
os lo dijo? ¡Que rápida centella
rasga mi fantasía!

D. AL.

No hagáis caso:

es una frase.

D. ROD.

¡No! Si yo sospecho...

¡Vamos! ¿Sois español ó estáis vendido?

D. AL.

¿Me insultáis? (*Lleva la mano á la espada.*)

D. ROD.

Bien: herid. Aquí, en el pecho.

Pero ¿cómo, decid, lo habéis sabido?

D. AL.

Don Rodrigo, si al fin vuestro arrebató
no sabéis reprimir, mala fortuna
habréis conmigo.

D. ROD.

De reñir no trato,

sino de adivinar siquiera una

razón en contra de Toparca; y luego á Pizarro correr, decir que es rara esa confianza con que vive ciego y hacer que acabe al fin con esa ignara estirpe de Satán.

D. AL. ¡Vamos! Yo os ruego.
D. ROD. Callad, que llega él. ¡Vedle la cara!

ESCENA II

DON ALONSO, DON RODRIGO, el INCA y el SACERDOTE

EL SAC. Y bien, señor: venís. ¡Con qué tristeza la corona imperial vi solamente ceñir—aunque es tan alta—una cabeza! Ya señalado habéis la augusta frente de la que debe compartir el trono. Venís al templo. Cándidas doncellas consagradas al Sol, con blando tono halagarán vuestros oídos. Ellas no tendrán para vos sino ternuras, como se abren al Sol también las pomas, como adoran al Dios las creaturas, como adulan al cóndor las palomas...

EL INC. ¡Ah! Ya lo sé. No creas, sacerdote, que hayan vencido al Sol. Yo, aquí, en mi pecho he echado una semilla: cuando brote este mundo que ves le será estrecho. Yo soy hijo del Sol: entre mis venas, él puso con su ardor fuerza de imperio. Yo no nací para arrastrar cadenas...

EL SAC. ¡Ah, señor!

EL INC.

Calla tú; que es un misterio...

(Repara en D. Alonso y D. Rodrigo.)

¡Españoles! ¿Vosotros?... ¡Cuál me place estrechar vuestras manos!... Voy al templo

del Sol—¡mi Padre Sol!—en donde se hace
por orden de Pizarro—¡el gran Pizarro!—
preparativo á mi nupcial enlace...
¡Cuánto me abrumba el amistoso ejemplo
de vuestro Capitán! Detiene el carro
de su marcha hacia el Cuzco, en esta altura,
en que ya veis que prodigó Natura
sus más líricas galas, para darme
tiempo de hacer mi esposa á esa hermosura
que el Sol—¡mi Padre Sol!—quiere otorgarme.

D. AL. Pero no os demoréis.

EL INC. Nunca es demora
platicar con vosotros.

D. ROD. Buen amigo,
apresurad la codiciada hora
de hacer vuestra á la Ñusta encantadora.
¡Luego, puede ser tarde!

D. AL. (¡Don Rodrigo!)

EL SAC. ¿Tarde?

EL INC. Comprendo: vuestro afán acaso
está en seguir á solas.

D. ROD. Es lo cierto.

D. AL. No tal.

D. ROD. ¿Cómo nó tal? ¡No hacerle caso!
Yo digo la verdad.

EL INC. Así lo advierto.

Y os dejo en paz... Mas permitid que os pida
dispensa de esta interrupción. ¡Es tanto
lo que hablaros me place!

D. AL. Concedida...

D. ROD. Detenéos. Mirad: se os cae el manto.

EL INC. ¿El manto? ¡Ah, no! Tan sólo con la vida...

EL SAC. Señor...

EL INC. Vamos allá. (Yo te aseguro
que esto acabará pronto.)

EL SAC. (Os oyen).

EL INC. (*Inclinándose respetuoso.*) Luego
os buscaré... (Ya sabes: te lo juro.)

D. ROD. Este hombre es un traidor. (*Vánse, izquierda.*)
D. AL. Calma; yo os ruego...

ESCENA III

DON ALONSO, DON RODRIGO Y DON GARCÍA

D. GAR. (*Ha presenciado el final de la escena desde lejos.*)
¡Sí, que lo es!

D. AL. ¿Qué estaba, Don García,
haciendo ahí, tan pensativo y mudo?

D. ROD. Comprendo que en la Ñusta pensaría.

D. GAR. En la Ñusta: sí tal. Fácil os pudo
ser el adivinarlo, si en el fondo
de vuestro corazón en algún día
escondisteis el ansia que yo escondo,
sentisteis ¡ay! este dolor tan hondo,
este imposible afán del alma mía.
Cuando se ama—sabadlo, Don Rodrigo—
sólo puede abrigarse un pensamiento.
Sufro y gozo á la vez en tal castigo,
gozo y sufro á la vez en tal tormento;
porque es tanto el ardor de mi arrebato
que, con sufrir en mi pasión por ella
de horrible angustia, de mirarla trato
y me conformo con mirar que es bella.

D. AL. Mas ¿ya sabréis?...

D. GAR. Lo sé. Contadas horas
tengo ya para hacer el milagroso
esfuerzo de arrancarla á las traidoras
redes de ese otro amor. ¿Será su esposo?
¿Me habrá vencido así quien fué vencido?
¡Ay! ¿A qué, entonces, el clarín sonoro
pregonó la victoria? ¿Cuál ha sido
el triunfo nuestro? No hay caudal de oro
que pueda rellenar este profundo
abismo de locura, en que sin calma

sumergiéndome estoy, ni todo un mundo
puede valer la paz de una sola alma...
Por eso que lo sé, desde la incierta
lejanía escuchaba atentamente
vuestro diálogo... Es cierta, os dije, es cierta
la traición de Toparca. ¿Acaso miente
quien se ve traicionado en este anhelo,
en este único anhelo de su vida,
cual si se hubiese conjurado el cielo
á herirle el alma y á enconar la herida?
No miente, no: traición es de la suerte
esta que me enloquece y desespera.
Un golpe de traición me da la muerte.
¿Quién ha sido el traidor? ¡Esel... ¡Cualquiera!

D. ROD.

Tenéis razón en todo, Don García.

Lo que no atino á comprender ahora
es cómo al fin Pizarro, que podría
así evitarlo, en entregar consiente
al Inca esa mujer que os enamora.

¿No os habéis, Don García, hecho presente?

D. GAR.

La razón que me da bastante fuera
para calmar á otro. Por doquiera
se sublevan las tribus. Allá, en Quito,
un rebelde domina con su espada;
en Cuzco hay otro ya; muy pronto el grito
de guerra irá á sonar en los confines
del Imperio del Sol... y no habrá nada
que nos una á los indios. Los clarines
roncos están de pregonar la guerra;
y es bueno descansar. Sólo aquel hombre
servirnos puede en dominar su tierra:
Calcuchima le presta su renombre.

¿Cómo, pues, por mi amor reñir con todo?

¿Cómo sacrificar al Inca nuevo,

si él sirve nuestra causa de tal modo

que, por traición, á despreciar me atrevo?

D. ROD.

Quien traiciona á su raza, bien podría
traicionarnos también.

D. AL. Pero en conciencia
Pizarro está. ¿Quién duda, Don García,
entre un amor y esa alta conveniencia?

D. GAR. ¿Creéis, entonces, que el amor que siento
puede ceñirse á lógica? ¿Quién duda
entre una conveniencia y un tormento?
Tormento es este amor. ¿Pensáis en calma
que, aunque vuestra razón me dé su ayuda,
podré quitarle este tormento al alma?
No, Don Alonso, no. Vos sois el bueno;
pero creed: vuestra bondad ahora
me hace daño. ¿Pensáis que, si estoy lleno
de este insensato amor que me enamora,
podrá bastarme reflexión alguna
para trocar mi fiebre en alegría?
¡Ah yo no quiero otra razón que ñna,
y sólo ñna; la de hacerla mía.

D. AL. Decís mal.

D. ROD. Decís bien.

D. GAR. No sé qué digo;
pero, en cambio, ¡ay de mí!, sé lo que siento.
Si blasfemo, si juro, si maldigo,
podréis. ¡oh Don Alonso, oh Don Rodrigol,
adivinar qué horrible es mi tormento.

D. AL. ¿Es tanto vuestro amor?

D. GAR. Vos sois amado
por Súmac: ya lo sé. Vos vuestro nombre
le daréis: ella misma lo ha contado.
Vos cumpliréis con ella: sois un hombre.
Pero ¿yo, Don Alonso? ¿Por ventura,
no la ofrecí mi nombre? ¿No la he hecho
saber que, si le pido su hermosura,
le doy yo la nobleza de mi pecho?
Todo en vano... ¡Está bien!... Aunque tuviera
que pagarla después con mi agonía,
aunque el cielo en jirones se rompiera,
cual se me ha roto el alma, ha de ser mía.

D. ROD. Vuestro grito no es sólo vuestro grito:

ese es el grito de la raza entera.
Es el alma del siglo, así, altanera,
decidida á bregar con lo infinito
y á sojuzgar los mundos, decidida;
hace de cada ensueño una bandera
y no la rinde hasta rendir la vida.

D. AL. Olvidáis, Don Rodrigo, que mi raza
es también generosa. Hay en su pecho
algo más que el rigor y la amenaza.
Hay en su fe, ño sólo la osadía,
que suele inflar el corazón estrecho,
sino que hay esta hermosa gallardía
de perseguir el mal, dar el derecho,
creer en Dios y amar la Poesía.

D. ROD. ¡Vos siempre soñador! Esa locura
cara ha de ser para la estirpe mía;
que la vida no es sólo una aventura.
No le atendáis, resuelto Don García.

D. GAR. Donde un hijo del Cid pone el ensueño
pone la decisión; y va por todo...
si lo puede por bien, lo hace risueño;
pero, ¡ah! si no lo puede por tal modo,
no esperéis nunca que el rumbo tuerza
al primer valladar que le rechace.
Lo que no hace por bien lo hace por fuerza:
¡pierde la vida, pero siempre lo hace!

(Suena un clarín lejano.)

Es el Inca: regresa. Dadme un punto
hablar con él.

D. AL. Hacedlo con prudencia.

D. ROD. Vamos. Esperaremos ahí, junto
de ese árbol.

D. AL. ¡Consultad con la conciencial

(Retiranse hacia un lado.)

ESCENA IV

DON GARCÍA y el INCA

D. GAR. ¡Detenéos!

EL INC. ¿Y bien?

D. GAR. Ya habéis, sin duda,
comprendido el por qué.

EL INC. Yo no: lo ignoro.

D. GAR. ¿Conque disimuláis? ¿No se demuda
vuestra faz? ¿No perdéis ese decoro
que imprimís al papel que se os ha dado?

EL INC. ¿Cómo decís?

D. GAR. Callad; que la conciencia
ni siquiera un instante se ha turbado,
al sentirse de pronto en mi presencia.
¿Nada os anuncia el corazón? Sospecho
que, cual ninguna, vuestra raza miente;
Es posible, tal vez, que os salte el pecho
cuando está más tranquila vuestra frente.

EL INC. ¿Me queréis explicar?...

D. GAR. Estáis no sólo
disimulado: á un tiempo estáis prudente.
Siempre la cobardía con el dolo
anduvieron de brazo.

EL INC. Ciertamente.

D. GAR. ¿Ciertamente decís? ¿Queréis, acaso,
referiros á mí? ¡Vamos! Yo os juro
que no con libertad saldréis del paso.
¿Ya me vais comprendiendo?

EL INC. Lo procuro.

D. GAR. ¡Bastal! Pues lo queréis, por más que en vano
fingís el no saberlo, yo prosigo
mi relación. La Ñusta, á cuya mano
aspiráis, sólo se unirá...

EL INC. Conmigo.

D. GAR. Con vos, nunca. Sabed: quiera ó no quiera,
conmigo se unirá.

- EL INC. Cuando yo muera.
- D. GAR. ¿Me retáis?
- EL INC. Si me oyera algún testigo,
él podría juzgar.
- D. GAR. ¿Y si os oyera
de verdad?
- EL INC. ¡De verdad es cuanto digo!
- D. GAR. Está bien. Pero, en tanto, haced memoria
de vuestra lealtad para los míos.
¿No comprendéis que es nuestra la victoria?
¿Cómo llegáis á mí con tales bríos?
Quien os oyese así, tal vez pensara
que vos sois mi señor, yo vuestro esclavo;
que me es osado el levantar la cara;
que yo soy el audaz y vos el bravo;
y que en esta entrevista es el vencido
quien da la ley al vencedor. Yo os llamo,
porque creo hidalguía el que al oído
os diga noblemente que la amo...
- EL INC. Hispano, ¿y qué he de hacer? Yo no os lo impido.
Sólo que yo también siento por ella
lo que sentís; y soy correspondido.
Yo la amo también. ¿Verdad que es bella?
Si de esta suerte vos, juzgándoos fuerte,
me decís el amor en que os inflama,
yo, juzgándome débil, de esta suerte
sólo os responderé que ella me ama...
- D. GAR. ¡Qué! ¿No atináis á comprender el fuego
de intensísimo afán que me devora?
Pensad en que estoy loco, en que estoy ciego,
en que es una pasión devastadora
la que me arrastra á ella, en que el delirio
puede llevarme por la misma senda
al bien ó al mal, al crimen ó al martirio.
¿Comprendéis?
- EL INC. Permitidme que lo comprenda.
- D. GAR. ¡Ah! Vuestra frialdad no dice nada
de ese amor que sentís. Y si os asombra

este amor que relumbra en la mirada,
que habla en mi voz, que va tras de mi sombra,
más asombro os dará lo que un hispano
fuera capaz de hacer porque su pecho
lograse el gozo que apetece en vano.

Mi amor no es un amor: es un derecho.

¡Es un derecho, sí! ¿Qué la victoria
fuese, si el vencedor que así ha podido
ganar un trono y conquistar la gloria
ha de humillar su espíritu al vencido?

Humillarme ante vos fuese que, en tanto
que vos lograsedis vuestro afán, mi anhelo
se tuviese que hundir en su quebranto;
humillarme ante vos fuese que en duelo
desesperado, el alma vencedora
se debatiese al pie de la vencida;
humillarme ante vos fuese que ahora
os dejase otra vez iros con vida.

Esa mujer, ¡mía será! No en vano
hallé ese mundo á mi ambición estrecho;
ceñí mis armas y crucé el Océano.

Mi amor no es un amor: es un derecho.

EL INC.

¿Un derecho? ¿Y por qué? Si ha sido grande
vuestro valor, tenéis á tal grandeza
una compensación: es vuestro el Ande.

Si ha sido vuestra audacia en el siniestro
trance de gran belleza, esa belleza
encontró su laurel: el bosque es vuestro.

Si vuestra sangre en el fragor bravío
corrió también, para lavarla acaso
aguas os sobrarán: es vuestro el rio.

Si vuestra gente en su ímpetu iracundo
muertos dejó insepultos á su paso,
los podéis ya enterrar: es vuestro un mundo.

D. GAR.

¡No basta, no! Creed que, á ser preciso
y posible á mis manos, yo os daría,
no sólo vuestro mundo, el Paraíso,
todo cuanto quisierais; porque mía

fuese al fin, porque al fin tuviese calma
este mi corazón ya en agonía.

¿A qué hablar de la tierra? Hablo del alma.

EL INC. Dejadme en paz. Si yo que os dí la mano
de amigo fiel y con Pizarro un día
pacté la alianza del poder hispano,
no encuentro en vos un rasgo de hidalguía,
sabed que á él he de acudir no en vano;
y, así, el gran Capitán, que en mí confía
y conoce este amor que hay en mi pecho,
os dirá á vos que esa mujer ya es mía:
¡idle á pedirle á él vuestro derecho!

D. GAR. No me asombráis con anunciarme el modo
cómo saldréis de mí; las delaciones
propias del indio son. No sangre, lodo,
hay en vuestros menguados corazones.
De un hombre como vos lo espero todo.

EL INC. ¡Oh, me insultáis!

D. GAR. Os hablo de manera
digna de vos. Cando dos hombres aman
á una mujer, acuden dondequiera
á medir el amor en que se inflaman,
hasta que rueda uno... uno... cualquiera;
pero vos no entendéis esto que os digo,
ni atináis á saber cómo es la hechura
de nuestros corazones: vil mendigo
envuelto en ese manto de impostura.

EL INC. ¡Basta! ¡Callad!

D. GAR. ¿Por qué?

EL INC. ¡Porque os castigo!

D. GAR. ¡Eso! ¡Al fin! ¡Vive Dios!

EL INC. ¡Marchad delante!

D. GAR. ¡Cuidado con huir!

EL INC. ¡Veréis si os sigo!

(*Dirigense al foro.*)

ESCENA V

DON GARCÍA, el INCA, DON ALONSO Y DON RODRIGO

- D. AL. — ¡Tenéos, Don Garcíal (*Saliendo al paso.*)
D. ROD. ¡Hola! Un instante...
D. AL. --Pero, ¿no reparáis?...
D. ROD. Ved que es preciso
conservarle la vida.
D. AL. ¿Estáis demente?
EL INC. Vuestra sagacidad á espaldas quiso
compañeros tener: sois un valiente.
D. GAR. ¡Ah! Me insulta. ¿Lo oís?
D. AL. No le hagáis caso.
D. ROD. Nada debe importar nunca un alarde
hecho sobre seguro, ya que al paso
salimos de los dos. ¡Eso es cobarde!
EL INC. ¡Bah! Si al paso salisteis, fué sin duda
porque él lo preparó de tal manera
que...
D. GAR. No puedo ya más. Calla y desnuda
tu espada. (*Saca la suya.*)
. AL. (*Conteniéndole.*) No es posible.
D. ROD. ¡Oh! ¡Yo quisieral...
D. AL. Os lo impide el deber.
. ROD. ¡España!
D. GAR. (*Reportándose.*) Es cierto...

ESCENA VI

DON GARCÍA, el INCA, DON ALONSO, DON RODRIGO
Y LA ÑUSTA.

- LA ÑUS. (*Ha oído las últimas palabras y avanza hacia el
Inca.*)
¡Sí! ¡Y á vos el amor! ¿Qué, si el osado
hasta mí llega? Para él desierto

hallará el corazón que habéis colmado.
Vuestro es todo mi amor. Vos solamente
llenáis mi corazón. Dejad que en vano
me ruegue ú os provoque ese demente:
yo reprimo la lengua... vos la mano.
¿Para qué castigar tanta osadía,
si en breve plazo os uniréis conmigo?
El despecho es al fin su tiranía;
y así en el propio mal tiene el castigo.

EL INC.

¡Tenéis razón! (*Forman grupo aparte.*)

D. AL.

(*Apartando á Don García.*) ¡Pensad en la bandera!

EL INC.

¡El amor!

D. AL.

¡El deber!

D. GAR.

(*Golpeándose en el pecho.*) Maldita entraña;
¡estalle de una vez! ¿Qué es lo que espera?

D. ROD.

Vos tenéis otro amor.

D. GAR.

(*Enfundando la espada.*) Es cierto: ¡Españal

TELÓN



ACTO II

La misma decoración que en el anterior.

ESCENA I

LA ÑUSTA, el INCA y el SACERDOTE:

LA ÑUS. ¿Cómo reñir queríais, cuando nada ibais, señor, á conseguir? ¿Acaso no me veis más que nunca apasionada seguiros por doquiera? No dais paso sin que ponga yo el pie sobre la huella de vuestro pie. Si tras del Sol la Luna, yo tras de vos camino. ¿Por fortuna vuestro amor no está en mí? ¿Qué en la querella ibais á disputar? Él, Don García, en combatir con vos nada perdía, que tampoco de mí nada ha logrado; vos sí, porque tenéis el alma mía. ¡No debéis disputar lo que yo he dado!

EL SAC. Decís verdad. Comprendo la disputa si al exponer la vida acaso hubiera una esperanza; mas si ya disfruta el alma la pasión, la vida entera

- de la mujer amada, loco fuera
exponerse á morir. Tened presente
que exponías, señor, de tal manera
también la libertad de vuestra gente.
- EL INC. ¡Callad! Razón tendréis; pero si un día
vuelve en mi oído á resonar cobarde
provocación, por más que el alma mía
enamorada esté, sin que haga alarde
por ello de valor, yo la porfía
aceptaré sin vacilar; que si arde
el amor, también arde vivamente
el odio. El odio es rugidora flama
que desde el corazón sube á la frente.
¡Y quién sabe... quién sabe si más siente
á veces el que odia que el que ama!
¡Ay! Para convencer que se está amando
el jurarlo es preciso; y no es preciso
jurar que se está odiando. A veces quiso
la duda resistirse al amor: ¿cuándo
al odio se resiste? Ante la duda
habla el amor y no hablan los enojos.
El odio es la pasión que aunque está muda
está hablando á la vez: brilla en los ojos.
Amo: ya lo sabéis; pero un instante
reflexionad que mi odio es tan intenso
que si estuviera ese hombre aquí delante,
tal vez adivinara lo que pienso,
porque me lo vería en el semblante...
- LA ÑUS. ¿Odio, por qué? Creed, el que, en conciencia,
si es sólo por mi amor por lo que siente
vuestro corazón odio, tal demencia,
ya que también me ha sido indiferente,
os debiera inspirar indiferencia.
- EL INC. No, no se puede gobernar, señora,
el corazón con reflexiones frías.
- LA ÑUS. ¿No os basta ver que cerca está la hora
en que disfrutaréis las gracias mías?
¿Y no os basta este amor que os enamora?

- EL SAC. Tened la lengua ya. No sé qué rara angustia me acongoja, ante la suerte que os espera.
- LA ÑUS. ¡Decid!
- EL INC. ¡Habla!
- EL SAC. Si fuerte me sintiese, quizás... (*Inclina la cabeza.*)
- LA ÑUS. ¿Por qué la cara así al suelo inclináis?
- EL INC. ¡Oh! sacerdote tu Inca y señor te manda que al momento hables.
- LA ÑUS. ¡Hablad al fin!
- EL SAC. Dejad que brote el sol en mi nublado pensamiento. ¡Sí!... Claro está... Queréis que el alma mía os descorra el misterio. Ayer dormido pensé en vosotros dos. ¡Oh, qué agonía la del sueño que tuve!
- EL INC. Habla: lo pido.
- EL SAC. Soñé que vuestro afán no lograría su ventura.
- LA ÑUS. ¡Oh dolor!
- EL SAC. Soñé que un día cercano moriréis. Yo sólo cuento lo que soñé.
- LA ÑUS. ¿Y es sueño ó profecía?
- EL INC. No te interrumpas. Sigue. Escucho atento.
- EL SAC. Y soñé que la muerte os sorprendía, tal vez del mismo amor en un exceso. No lo recuerdo bien; pero he soñado lo que os anuncio: ¡moriréis de un beso!
- LA ÑUS. ¿De un beso?
- EL SAC. ¡Sí! De un beso...
- EL INC. Te he escuchado, pero el plazo no dices.
- EL SAC. Quizás breve habrá de ser.

EL INC.

Las tribus sin demora
vendrán á libertarme; al otro lado
de la cumbre que ves, salvando el río
deben de estar. Hoy mismo el arrojado
Calcuchima ha de ir; y solamente
le aguardan, para hacer entre la espesa
montaña su ascensión á la eminente
cumbre que ves, cayendo de sorpresa,
cuando el clarín anuncie largamente
mi matrimonio al fin con la princesa.

EL SAC.

¡Oh Sol! Así ha de ser

EL INC.

Tal es mi empeño.

EL SAC.

Tranquilo descansad, la profecía
será para después.

EL INC.

Yo mismo un sueño
tuve también.

EL SAC.

Contádmelo.

EL INC.

Fué el día

en que bajamos á la obscura fosa
de los antepasados. En mis ojos
la momia de aquel Inca, que, rodeada
de la corte, se erguía entre despojos
presa quedó en la luz de la mirada;
y cuando por la noche el sueño vino
á calmar las fatigas del camino,
yo la miré en el sueño: estaba inerte;
pero en su boca una expresión había,
un gesto de terror, que parecía,
á pesar del silencio de la muerte,
el que estaba gritando todavía.
¡Y yo escuché su voz! Era el acento
de los siglos pasados, el conjuro
de la gloria imperial, el gran lamento
de los Andes tronando en el futuro.
Por la primera vez una esperanza,
por la primera vez un pensamiento
cruzó sobre mi vida: ¡la venganza!
¡La venganza! Ser libre... Algo en mí crece

cuando pienso en la momia de aquel día:
¡me parece mirarla y me parece
que estuviese gritando todavía!
¡Oh, señor! Alejémonos. Acaso
os pudiesen oír.

EL SAC.

EL INC.

¡Sí! Don García
viene; es verdad, ¡aquí siento su paso! (*El corazón.*)
(*Vánse izquierda lentamente.*)

ESCENA III

DON GARCÍA y DON RODRIGO

D. ROD. (*Entrando á escena por el lado de la fortaleza.*)
¿Los veis huir?

D. GAR. Apenas nos han visto
se alejan.

D. ROD. Yo sospecho... Yo sospecho...

D. GAR. Bien lo quisiera yo.

D. ROD. Pues ¡vive Cristo!
que si fuese verdad...

D. GAR. Si verdad fuera,
estaría tal hombre en su derecho.
Paga con su traición á la bandera
que le hizo emperador. ¡Sí! ¿Quién lo ha hecho,
sino Pizarro ansioso de su ayuda
para alcanzar el triunfo fácilmente?
¿Qué pretexto me dió, cuando en la duda
de este insensato amor busqué inocente
su apoyo para mí? ¿No la esperanza
me negó, asegurándome que era
tal sacrificio necesario? ¡Hubiera
de ser traidor ese hombre! ¡Ah! La confianza
que Pizarro le tiene es garantía
de que puede ir tramando su venganza
seguro en la traición: nadie le espía...

D. ROD. Pues yo le he de seguir.

D. GAR. Una sospecha no es tampoco bastante. Si él comprende que se va tras de él, que se le acecha, veréis cómo se cuida y no se vende. Es inútil, creed. Dejad en tanto que sufra yo, que rueda en mi quebranto humillado á sus pies: tal me lo manda la consigna; y vos propio me habéis dicho que era ese mi deber. En la demanda él ó yo muerto hubiera, si el capricho no tuvieseis de hablarme en tal momento de mi deber. ¡Deber! ¡Cual si tuviera deber más grande que el de dar mi aliento por mi amor!

D. ROD. ¿Y la cruz? ¿Y la bandera?

D. GAR. ¿No veis cómo insistís? Dejad en calma tanta sospecha éntonces; porque luego pudiese resultar que estabais ciego cuando quisisteis penetrar en mi alma y exigirla un deber... Yo á la presencia de ese hombre—no lo sé—me abraso en fuego y siento ensangrentada la conciencia. ¡Eso es todo! ¿Sospecho? No sospecho. Vos le podéis seguir ¡yo no le sigo! Vos tendréis reflexión ¡yo sólo pecho! Vos le sabréis juzgar ¡yo le castigo!

ESCENA V

DON GARCÍA, DON RODRIGO Y DON ALONSO.

D. ROG. (*A Don Alonso, que entra por la izquierda.*)
Don Alonso, ¿no habéis en el sendero encontrado á Toparca?

D. AL. ¡Sí! Le he visto con el gran Sacerdote; y hasta infiero

que hablaban en reserva, porque á un lado se hicieron al mirarme...

D. ROD. ¡Vive Cristo!

¡No! Yo le he seguir (*Vase izquierda.*)

D. GAR. Id de buen grado.

ESCENA VI

DON GARCÍA Y DON ALONSO.

D. AL. Y asimismo á quien vi fué á la princesa en el templo del Sol. Llegó un instante y postróse ante el Dios... ahora cesa de orar... La vi de pie... Yo por delante he salido del templo. ¡Y gran ventura tuve por cierto en ver tanta hermosura que en el templo agolpó la idolatría! Es verdaderamente algo asombroso: debierais visitarlo, don García, detalle por detalle y con reposo.

D. GAR. ¿Con reposo, decís? ¿Creéis que un alma que padece este amor, logre siquiera, no digo ya vivir, dormir en calma? Ni el sueño mismo á que el cansancio obliga, en la marcha por bosque y cordillera tiembla mi fiebre ni mi afán mitiga: ¡voy haciendo mi marcha cual si fuera la andante encarnación de la fatiga! ¿Cómo, entonces, queréis que la mirada, que apenas busca el rostro de la amada, gaste su luz en ver tanta hermosura? Fuera de tal mujer no veo nada: ni en el templo del Sol ni en la Natura. ¡Es el país del oro! La retina goza, no el corazón. ¡Ah! Dios lo quiso: ¡es eterna la fábula divina del amor en mitad del Paraíso!... ¡Ella!... La veo... ¡Es ella!... Hacia aquí viene.

- D. AL. Pues os dejaré solo. Habladla. Acaso si la rogáis ahora, se detiene.
Probad la última vez. Salidla al paso.
- D. GAR. No lo debiera hacer; pero ¡es tan bella!
(*Don Alonso trata de alejarse.*)
Don Alonso, esperad; viene con ella la confidente Súmac.
- D. AL. Sí, la veo.
- D. GAR. Vos la llamáis, y así yo mi deseo aparte expresaré.
- D. AL. Bien. ¿Vuestra mano es firme? (*Se la estrecha.*) No tembláis.
- D. GAR. ¡Ay! siempre creo que ante ella temblaré. ¡Todo es en vano!
(*Entran la Ñusta y Súmac por la izquierda.*)

ESCENA VII

DON GARCÍA, DON ALONSO, la ÑUSTA y SÚMAC

- D. AL. Súmac.
- SÚMAC. ¡Oh, mi señor!
- D. ALO. Hablaros quiero.
- D. GAR. (*A la Ñusta.*) Y yo á vos.
- LA ÑUS. ¡Otra vez! Si por mi suerte la última ha de ser, hablad, ibero.
- D. GAR. Esperad, ya se alejan...
(*Don Alonso y Súmac se apartan al foro.*)
- LA ÑUS. Mal se advierte vuestra resolución con tales modos. Indeciso os mostráis. ¿Cuál es la clave?
- D. GAR. Yo no puedo deciros ante todos lo que quiero deciros.
- LA ÑUS. ¿Es tan grave?
- D. GAR. Es la última vez con que mi acento de súplica, de amor y de arrebato, suena en vuestros oídos. Hoy intento

saber si he de vivir ó si me mato;
porque es vivir lograr vuestros amores,
porque es morir probar vuestros desdenes,
porque no puedo más con los dolores
que clavan sus abrojos en las sienas
y el corazón—el corazón, señora,
que no tembló jamás en la batalla,
pero que en el amor que lo enamora
—poned la mano en él—tiembla y estalla.

LA ÑUS.

¿Y habré aprendido vuestro idioma acaso
para escuchar vuestras dolientes voces?...
¿Con qué derecho interrumpís mi paso
para hablarme de amor? Huyen veloces
las horas ya; y en rápido momento—
bien lo sabéis—entregaré mi mano
al hombre á que entregara el pensamiento.
¿No comprendéis que vuestro afán es vano?
¿Habrá aprendido acaso vuestra lengua
también para deciros que estáis loco?
El hablarme así vos me causa mengua:
diciendo está que me tenéis en poco;
pero ya que es tan grande la osadía
con que llegáis á mí, también yo quiero
aparecer más grande todavía
en mi desdén. Oidme, aventurero:
yo soy hija del Sol; la sangre mía
de estirpe clara y de nobleza pura
sólo con otra igual se mezclaría.
Id si queréis hacia el monarca hispano
y pedidle una hija. ¿Es gran locura?
¡Pues locura es también desear mi mano
sin ver mi sangre ni medir mi altura!
¡Y que os escuche y me resigne! Es tanto
este amor de Luzbel, este maldito
aguijón, este hondísimo quebranto,
que vencerme á mí propio necesito
cien veces y otras cien, para que el pecho
se colme así de ira—¡oh santa ira!—

D. GAR.

y al fin rompa á gritar: ¿Con qué derecho me despreciáis? ¿Vos noble? ¡Eso es mentira! ¿Yo aventurero? ¡Y bien! Yo con mi mano, en heroica actitud—vos lo habéis visto— fijé en las tierras el pendón hispano y alcé en los templos el pendón de Cristo. ¿Cómo, pues, me insultáis? Aquí se clava este insensato amor que me devora; ¡y cuando estáis vencida y sois mi esclava, venís á ser mi reina y mi señora! ¡Mi señora!... Es verdad... Por un instante pensad en qué pasión es la que agita el corazón rendido de este amante, cuando hacer tanto esfuerzo necesita para hablar como lo hace. No, no es nada la victoria que pude cualquier día alcanzar con el filo de mi espada: ¡más me cuesta vencer el alma mía! Dentro de mi alma estáis de tal manera que, al vigor momentáneo y al desnudo, reemplaza una emoción que desespera; ¡y pugno!... ¡y me resigno!... ¡y ya no puedo! Vos la culpa tenéis. Sabéis que en breve esposa voy á ser del Inca; y ciego provocáis mi desdén.

LA ÑUS.

D. GAR.

(¡Ay! Y se atreve á hablarme de él!) Callad, callad: os ruego. No es bastante el que fría á mis amores siempre los desdeñéis: no, no es bastante. Es preciso aumentar mis sinsabores con la dulce ventura de otro amante... ¡No comprendéis qué noches de desvelo he sufrido, pensando en vuestras citas. Sabe, no vuestro Sol, sino mi Cielo, todas las amarguras infinitas con que hube de contar hora tras hora, mientras vos y él, en delirante exceso y á la luz de la luna encubridora,

os dabais cada noche un solo beso
que se iba prolongando hasta la aurora...
¿No es verdad que era así?... ¡Cuánto he sufrido!
Allá, en mi noche solitaria, á ratos,
escuchaba un rumor, un leve ruido;
y entonces, en mis locos arrebatos,
imaginaba un beso: el beso suave,
el beso dulce con que yo he soñado,
un roce de alas con que al fin un ave
acaricia mi frente de soldado.
Y lloraba... lloraba... Sí: ¡yo el fuerte,
he llorado también!... Mi fantasía
se conjuraba, luego, con mi suerte
y con mi corazón, en contra mía;
e imaginaba el beso que á esa hora
mi amada con su amante se daría...
Y entonces, ¡ay! el Cielo se reía
y se gozaba en demorar la aurora...
¡Cuánto he sufrido! ¡Cuánto! Ya no os ruego
que mi esposa seáis: basta que ahora
no os desposéis. Mi súplica es sencilla.
Dad calma á mi pasión. Templad mi fuego.
Ved, señora, que doblo la rodilla...

(Intenta hacerlo.)

LA ÑUS.

¡No lo hagáis! Es inútil, castellano.
Amo al hombre que me ama. Es ya locura
lo que tenéis: mi corazón en vano
sentir por vos hasta amistad procura;
y no puede sentirla. No: ni amigo
podéis ser de la Ñusta. Y ya no intento
hablaros de mi sangre; pero os digo
que vuestro afán me ofende, vuestro aliento
me daña, vuestro amor me hace una herida...
Y esto ha de concluir... Entre ambos media
la distancia insalvable de una vida...
¿No recordáis ya acaso la tragedia
de Cajamaréa? Allí, cuando el sonoro
cañón dió la señal, como un torrente

se despeñó vuestra iracunda gente,
rodó el monarca del sitial de oro,
prisionera quedó turba inocente;
y la espada desnuda en vuestras manos
traspasó pechos, cercenó cabezas,
vibró igual sobre jóvenes y ancianos,
flageló niños y manchó bellezas.

Entonces, yo os miré. Los mismos ojos
que habían de inspirar estos antojos
con que hoy llegáis á mí, grandes, abiertos,
os miraron á vos—¡oh, Don García!—
verter sangre, saltar sobre los muertos
y así llegar hasta la madre mía.

Vos, sí, vos, con la mano ensangretada,
con esa mano misma que hoy me implora,
aprimonásteis á mi madre amada
por los cabellos y con golpe infando
la echasteis á rodar. Una traidora
piedra... le abrió la sien. ¡La estoy mirando!
Ahí está... A vuestros pies... ¡Vengo la ofensa!
¡Pagáis la culpa! ¿Comprendéis ahora
qué profundo placer, qué dicha inmensa
es para mí el tormento que os devora?...

D. GAR. ¡No es verdad!

LA ÑUS. ¡Es verdad! Si mala suerte

me inspirase por vos pasión artera,
rindiéndome al imperio del más fuerte,
creed que desde el seno de la muerte
mi madre entre los dos se interpusiera...

D. GAR. ¡No es verdad! ¡No es posible este destino
que enloquece, abrumba y exaspera!...

LA ÑUS. Ahora, dejad libre mi camino;
que el solo dueño de mi amor me espera.

D. GAR. ¿Vais á buscarlo á él?

LA ÑUS. Sí tal, hispano:

á mi Rey y Señor.

D. GAR. ¿A Carlos Quinto?

LA ÑUS. Al que dí mi alma, al que daré mi mano...

D. GAR. Vuestro Rey y Señor otro es distinto.
Vuestro Rey, que es mi Rey, vive en España;
y desde allá gobierna el vasto Imperio
que un Sol que no se pone alumbra y baña:
él solo es el Señor de este hemisferio;
y, así, á su voluntad están sujetas
vuestra suerte y la mía. A su capricho
tuvieseis que olvidar esas inquietas
fantasías, al fin, que me habéis dicho;
y rendiros á mí. Se le obedece
cuanto él quiere mandar. Quien vuestro esposo
aspiró á ser, señora, se envanece
de tener así un Rey tan poderoso.
¡Obedecedme! En nombre del Monarca
que lo domina todo, yo os lo digo:
él la terrestre redondez abarca
y pone al propio Sol como testigo;
que ya que sus dominios en la guerra
centuplicó sin padecer quebranto,
¡los mismos continentes de la Tierra
apenas son repliegues de su mantol!...

LA ÑUS. Vuestro Rey y señor será muy grande;
mas no me ha de vencer vuestra amenaza.
De él podrá ser el mar, la selva, el Ande;
y también, si deseáis, toda mi raza:
de él podrá ser la luz por la que os miro,
el suelo en que mi pie graba su huella,
el aire... este mismo aire que respiro.
¿Que mi vida también? Pues también ella.
De él podrá ser mi propio pensamiento,
ya que es dueño también de mi albedrío.
Hasta mi libertad y hasta mi aliento
suyos serán... ¡pero mi amor, es mío!

D. GAR. Vano es cuanto decís. Si nada el ruego
puede ya para vos; si este arrebató
con el que quise arrodillar, me ciego
nada os importa ya; si este insensato
amor con que os ofrezco hasta mi nombre

ya nada os vale; si amenaza y todo
cuanto llegué á deciros como hombre
resuelto inútil fué, por cualquier modo,
por cualquier forma, por extraña suerte,
por ciega decisión, por farsa impía,
por fiera voluntad, por brazo fuerte,
por locura quizás..., ¡vos seréis mía!

Mía: ¡os lo juro!... ¿Oís?

(*Oyese un beso, que se dan D. Alonso y Súmac,
en el fondo del escenario.*)

LA ÑUS. Sí que oigo un beso.

D. GAR. Por ese beso, que se dan dos seres
que se aman, ¡yo os lo juro!

LA ÑUS. Si es por eso
id al templo del Sol, cuando en placeres,
ardan mi corazón y el de mi amante,
viendo colmada, al fin, vuestra ternura;
y entonces ya no un beso tan distante
podréis oír. Pensando en mi ventura
y en mi madre, al miraros, á mi esposo
un beso le he de dar, ¡oh Don García!...

D. GAR. Alejáos, ¡por Dios!.. ¡Dadme reposo!..
Pero antes, oid bien: ¡vos seréis mía!

LA ÑUS. ¡Súmac!

SÚMAC. ¿Señora?...

LA ÑUS. ¡Vamos!

SÚMAC. (*A Don Alonso.*) ¡Hasta luego!

(*Vanse hacia la fortaleza.*)

D. AL. (*A Súmac.*) ¡Hasta luego, mi amor!

D. GAR. ¡Ni una esperanza!

D. AL. ¿Ni una esperanza ya?

D. GAR. Callad, os ruego,
porque me queda una.

D. AL. ¿La venganza?

ESCENA VIII

DON ALONSO Y DON GARCÍA

D. GAR. ¡Se resiste! No importa. Es decidido mi empeño ya. La guerra, con la guerra. Mi religión, mi patria, la he ofrecido: darla mi fe, llevarla hasta mi tierra; y, sorda á mi pasión, no oyó el acento con que la supliqué. Pues bien: ya siento haber tiempo tan útil malgastado; que si, en vez de rogar, pedido hubiera, y si, en vez de pedido, amenazado, sin duda, sí, sin duda, que cediera. ¡Ha de ceder al fin! El plazo es breve: no sé cómo he de hacer; pero ¡yo os juro que ha de ser mía! El mundo se remueve, Satanás se presenta á mi conjuro, se eclipsa el Sol y se desgarran el Cielo, todo en mi contra está; mas no desmayo, porque sabré, para alcanzar mi anhelo, ser breve y fulminante como el rayo.

D. AL. Y ¿qué pensáis?

D. GAR. No sé; pero yo os digo que si luego de hacer que fuese mía tuviese que sufrir, como castigo, la muerte..., el deshonor... lo aceptaría. ¿La muerte? ¡Si esta vida es ya un tormento! ¿El deshonor? ¡Si mi honra es humo vano! ¿Qué me importa vivir, si lo que siento es la locura de este amor tirano? ¿Qué me importa el honor que en la pelea supe ganar con trágica bravura, si inútilmente el corazón desea, como premio, alcanzar esa hermosura?... Más me hubiera valido aquella muerte

que un día vi de cerca en la quebrada.
Recuerdo aún. Yo estaba de tal suerte
que apenas si podía con mi espada.
Mientras los indios en tumulto horrendo
salieron de la súbita emboscada,
rodaban sobre el grupo de los míos
piedras ingentes, que con gran estruendo
caían de las cumbres. Los sombríos
antros de la quebrada eran abiertas
bocas que vomitaban hombres rojos.
Nuestro clarín lanzaba sus alertas
con desesperación. Puestos los ojos
en el Cielo, perdidos y arrollados
éramos ya los pocos de aquel día,
con la muerte segura á todos lados.
Cuando, al fin, lo recuerdo todavía,
otro clarín sonó con lastimera
voz, prolongada en tembloroso eco
que al través de la larga cordillera
vino hasta la quebrada y llenó el hueco.
¡Grito de salvación! ¡Supremo grito
que nos dieron la Vida y la Esperanza!
Mejor fuera que hubiese el Infinito
acabado conmigo en tal matanza...
¡Clarín que me salvó! ¡Clarín agudo
que anunciaba el refuerzo á nuestra gentel
¡Ah! Mejor fuera que estuviese mudo,
en lugar de sonarme eternamente...
(*Suena un clarín lejano.*)

D. AL. Un clarín. Es el Inca, que regresa. ┘

D. GAR. Este clarín es otro. Aquél sonaba
como la voluntad de una promesa;
y éste, como una vida que se acaba...

D. AL. ¿Como una vida que se acaba?...

D. GAR. ¡Cierto!

La mía, ó la de ese hombre, ó la de aquélla.
La voz de este clarín anuncia á un muerto.
Pero ved... Esperad... Ahora ella

ha de salir á recibirle: ha oído
el anuncio, y, como ella le buscaba,
sin duda, ha de salir á tal sonido.
Escondámonos... Pronto... ¡Esto ya acaba!

- D. AL. Decidme qué intentáis.
D. GAR. Blandir mi acero.
D. AL. ¿Contra él?
D. GAR. ¡Contra él!
D. AL. Pero ¿estáis loco?
D. GAR. ¡Sí que lo estoy!
D. AL. No es digno de un ibero
lo que intentáis.
D. GAR. ¡Qué importa!
D. AL. Ni tampoco
yo os puedo consentir...
D. GAR. Callad, que él viene
y ella sale.

ESCENA VII

DON ALONSO, DON RODRIGO, el INCA Y CALCUCHIMA

(Entra el Inca, sale Calcuchima del lado de la fortaleza. Rápida conversación en el foro, con gran reserva y llena de sobresalto. Recomiéndase tal pasaje al talento de los actores.)

- D. AL. ¿Qué miro?
D. GAR. ¡Es Calcuchimal... ¡Y cuánto miedo tiene!
Hablan á media voz.
D. AL. Yo no respiro
de asombro.
D. GAR. ¿No les veis? Ved cómo vuelven
los rostros asustados, cómo espían,
cómo á seguir hablando se resuelven...
¡Ese hombre es un traidor! ¿No os lo decían?
D. AL. Tal parece.
D. GAR. Se van. En buena hora...

D. AL. Calcuchima va á escape...

D. GAR. ¿El Inca luego

se llevará á la Ñusta encantadora?

¡Ya no! Mía será... Dios me ha guiado.

Logro mi amor y salvo mi bandera.

¡Oh, Dios! ¡Oh, justo Dios! Ya estoy vengado...

Cálmate, corazón: ¡espera, espera!...

TELON



ACTO III

La misma decoración. Es de noche. Cielo estrellado. La luna riela en la nieve de las cumbres.

ESCENA I

La ÑUSTA y el INCA

(El Inca aparece sentado: la Ñusta junto á él.)

LA ÑUS. Estáis triste, Señor. ¿Por qué la frente doblegáis, pensativo y silencioso? ¿Por qué ya no con labio sonriente me veis? Vuestro reposo no es reposo sino fatiga. Hay algo que os embarga el espíritu, hay algo que os desvía de nuestro mutuo amor. La espera es larga; horas quedan aún, para que el día nupcial raye por fin. ¿Tal vez el sueño huyó de vuestros párpados? ¿La pena os ronda el corazón? ¡Ah! Si mi dueño en breve vais á ser, ¿por qué se llena de algo que no es amor vuestra alma? ¿Acaso no sentís la pasión cual yo la siento? ¿No os abrasáis también cual yo me abraso? Nada os importo ya. No me hacéis caso.

- Me dais el corazón, no el pensamiento...
EL INC. ¡El pensamiento! ¡El corazón! Lo mismo
vienen á ser... Hay algo pavoroso
como la boca abierta de un abismo,
que llena mi alma y nubla mi reposo:
hay algo que desvía ciertamente
mi espíritu de vos; mas sed clemente
conmigo, porque ese algo es la tristeza
de los Andes. ¿No veis cuál nuestra gente
inclina resignada la cabeza?
¿No os aflige mirar cómo la altiva
casta del Sol se rinde sin grandeza?
La cadena en mi pie fija está á un clavo...
Dejadme, pues, que sufra mientras viva,
con la resignación despreciativa
del que ha sido señor antes que esclavo.
- LA ÑUS. Pero ¿esperáis así que yo esté junto
de vos, para afigiros? Si no os basta
mi amor, todo mi amor, quisiera al punto
daros con este amor el de mi casta,
para haceros feliz. ¡Ah! La cabeza
doblegáis, sin querer siempre á mi lado.
¿Por qué sentís conmigo esa tristeza
propia de un corazón abandonado?
- EL INC. Es que con vos, con vos con quien la suerte
habré de compartir, zozobra y calma,
ilusión y peligro, vida y muerte,
quisiera compartir también el alma.
Si me amáis como os amo, mi ternura
sera vuestra ternura, mi arrebató
será vuestro arrebató, mi locura
será vuestra locura; y así trato,
al daros mi aflicción y mi alegría,
mi esperanza y después mi desaliento,
de llenaros el alma con la mía
y de amaros con todo el pensamiento.
¿Triste os ponéis? ¿Amargas son mis heces?
Dulcísima es la miel de vuestras gracias...

Sentid, pues, mis angustias y mis reveses...

¡Sabe el amor, señora, hacer á veces una felicidad con dos desgracias!

LA ÑUS.

¡Decís bien! ¡Decís bien! Así no importa vuestro dolor, porque también es mío.

Vivamos, pues, ya que la vida es corta, en nuestro mutuo amor; que sobre el río de las desdichas, el amor es puente por el que pasarán mi alma á la vuestra y vuestra alma á la mía. Lo que siente la una—luz feliz, noche siniestra—

también lo sentirá la otra: heces amargas como hiel ó dulces gracias.

Decís bien: el amor realiza á veces una felicidad con dos desgracias.

EL INC.

¡Ah! Pero pronto cambiará el destino.

El Sol, el padre Sol me ha iluminado.

Estamos ya en el cruce del camino:

desde hoy el porvenir corta el pasado.

Al propio tiempo que el amor que un día me inspirasteis corone su ventura,

nuestra raza, señora—¡oh raza mía! —

libre será por fin de la tortura

que inútilmente sacudir procura

y en la que se retuerce todavía...

¡Libre será! ¿Lo oís?

LA ÑUS.

Pero no atino...

EL INC.

Sabed que el padre Sol me ha iluminado.

Estamos ya en el cruce del camino:

desde hoy el porvenir corta el pasado.

LA ÑUS.

Pero ¿es que conspirais?

EL INC.

¡No! No conspira

quien reclama un derecho. Estoy cansado de vivir farsa y respirar mentira.

¿Comprendéis? Calcuchima, el gran soldado,

todo lo preparó con tal conciencia

que os puedo asegurar que cuando vibre

el clarín anunciando mi presencia

en el templo del Sol ¡ya seré libre!
LA ÑUS. Miedo me dais, señor ¡Ay, si el hispano
os llegó á sorprender!

EL INC. No temáis nada.
¿Quién se me atreverá? Tengo esta mano;
y en el cinto —ya veis—tengo esta espada.

ESCENA II

LA ÑUSTA, el INCA y SÚMAC

SÚMAC. (*Entrando por la izquierda con gran sobresalto.*)
¡Oh, señora! ¡Oh, señor! Os busco en vano
desde hace tiempo ya.

LA ÑUS. ¿Qué ocurre?

SÚMAC. En breve
os prenderán, señor. Desde un lejano
punto han traído preso á Calcuchima.

EL INC. ¿Qué decís?

SÚMAC. ¡Sois perdido!. . ¡Sois perdido!
Don Alonso—ya veis cómo le mueve
ciega pasión á mí—quiso hoy dar cima
á su ambición; y díjome que todo
concluído ya está, que no demore
el ser suya por fin. Y de tal modo
me lo dijo, señor, que aunque devore
mi espíritu por él este amor ciego,
hube de comprender que vuestra vida
perdida estaba.

LA ÑUS. ¡Oh, no! Jamás perdida.

SÚMAC. Y suya fuí, señor.

EL INC. ¿Suya?

SÚMAC. No al ruego
tanto de su pasión, como al vehemente
deseo de arrancar noticia cierta
de lo ocurrido.

EL INC. ¡Oh, gracias! Vuestra frente
digna es de una corona.

- LA ÑUS. Yo estoy muerta...
- SÚMAC. Y supe, sí, señor, supe que el día
de ayer os espieron Don García
y Don Alonso. Os vieron conspirando
con Calcuchima.
- LA ÑUS. ¿Es cierto?
- EL INC. ¡Es cierto!
- SÚMAC. Y cuando
él partió, dieron ambos con presteza
orden de perseguir al fugitivo.
Lo alcanzaron, señor. El, con fiereza
se defendió; pero le traen vivo.
- EL INC. Perdido soy.
- SÚMAC. ¡Huid!
- EL INC. Inútil fuese;
¡y yo no debo huir!
- LA ÑUS. No sois perdido.
¡Yo os lo juro! Comprendo... Todo ha sido
obra de Don García. (*A Súmac.*) Busca á ese
hombre; y dile que yo, sea en sus salas,
sea en este lugar, pronto, le pido
un minuto y no más.
- SÚMAC. ¡Quién me diese alas!
(*Vase hacia la fortaleza.*)

ESCENA III

LA ÑUSTA y el INCA

- EL INC. Pero, ¿qué vais á hacer?
- LA ÑUS. ¡No sé! ¡Lo ignoro!
Yo sólo sé que os salvaré la vida.
El ruego, la amenaza, el llanto, el oro,
el puñal gastaré; pero perdida
vuestra vida no está. ¡No! Yo os lo ofrezco.
- EL INC. Calmaos. El amor, señora, miente;
ilusión no os hagáis. Sólo apetezco

LA ÑUS. morir, si he de morir, pero de frente.
¡Oh! Sí... Ya sé... ¿No comprendéis que ahora vuestra vida no es vuestra? La amenaza que se cierne sobre ella abrumadora no es solamente á vos, es á la raza. Es justo que también yo haya aprendido á amarla como vos. Tened presente cuanto dicho me habéis. Cada latido de vuestro corazón aquí se siente.

(*Señálase el pecho.*)

Nuestra raza, señor, es ante todo. Salvarla es mi deber; es más, mi estrella. Vos no lo impediréis; que de este modo si no lo hago por vos, lo hago por ella.
EL INC. Decís bien... Decís mal... ¡No! Si no atino á comprender lo que decís. Acaso sólo remotamente es que adivino en mis vagas sospechas vuestro paso...
¿Qué vais á hacer?

LA ÑUS. Vos mismo, ocultamente, podéis estar ante mi amor presente y escuchar mis palabras.

EL INC. Antes quiero que me las anunciéis.

LA ÑUS. Lo hiciese en vano.

EL INC. Como amante ya no, como Inca espero que así lo hagáis.

LA ÑUS. ¡Silencio! Un castellano...

ESCENA IV

LA ÑUSTA, el INCA y DON ALONSO

D. AL. (*Viniendo del lado de la fortaleza.*)
¡La pareja imperial!

EL INC. Si es que la suerte protege nuestro amor...

D. AL. ¿Teméis ahora?...

- LA ÑUS. Nada tememos. ¡El amor es fuerte!
- D. AL. El libro de mi Dios dice, señora,
que lo es en realidad más que la muerte...
- LA ÑUS. ¿Que la muerte?
- D. AL. Palabra turbadora.
- EL INC. Turbadora será para el que no ama.
¡Ah! Yo en amando tan feliz me siento,
que no me importa el que la viva llama
del mismo corazón mate mi aliento.
¡Morir amando! ¿Comprendéis lo hermoso
de un heroísmo así? Quitá el reposo
el amor en la vida; y es ventura
indecible encontrar entre ese fuego
el reposo que da la sepultura
llena de majestad y de sosiego.
- LA ÑUS. ¿Morir? ¿A qué, señor, hablarnos de eso?
¡Vivir! Ambos á dos; mañana el día
de un nuevo amor comienza. (Se diría
que os quisierais perder.)
- EL INC. (*Pensativamente.*) ¡Morir de un beso!
- D. AL. ¡Qué preocupado estáis!
- LA ÑUS. (¿Lo veis?)
- EL INC. Auguro
siniestro fin á nuestro amor.
- LA ÑUS. Es falso,
falso lo que decís. (*A Don Alonso.*) Creed, yo os juro
que no expresa verdad. (¡Ah! Yo procuro
la salvación aún. Vos, el cadalso.)
- EL INC. Todo es inútil ya.
- D. AL. ¡Pues bien! yo os digo
que quien al dar la mano es enemigo,
quien traiciona la amistad y espera
con tranquila actitud seguro instante
para asestar un golpe, que quien ante
su enemigo se humilla y por doquiera
busca después un modo vergonzante
de cumplirse venganza, ya no es sólo
cobarde y traicionero y fementido,

sino que en vano buscará en su dolo
 una consolación en el olvido:
 siempre le acosará, cualquier que sea
 el afán que le llene el pensamiento,
 ese rubor oculto de la idea
 que se llama—sabed—¡remordimiento!
 ¿No visteis, por ventura, en una playa
 cómo el agua, en bajando la marea,
 huye rápidamente de la raya
 que trazaron rompiéndose las olas
 y deja al fin desnudo un bajo fondo
 de tristes piedras y llanuras solas?
 Tal es lo que sentís en lo más hondo:
 tal es, en fin, el ansia sin fortuna
 que en vuestro corazón turba la calma;
 porque el remordimiento es como üna
 baja marea en lo interior del alma...

EL INC. ¿Remordimiento yo?

LA ÑUS. Callad, acaso
 ignora don Alonso...

D. AL. Nada ignoro.

EL INC. Pues entonces...

LA ÑUS. Callad; no hacerle caso;
 que está en broma tal vez...

D. AL. (*Con dignidad.*) ¿Broma?

LA ÑUS. Ni un paso
 más; yo os lo ruego... Vamos, yo os lo imploro.

(*Vanse izquierda.*)

ESCENA V

DON ALONSO y DON GARCÍA

D. GAR. (*Viniendo del lado de la fortaleza.*)
 Hablando estabais...

D. AL. Sí. Me infunde pena
 ese amor condenado por la suerte
 á desaparecer.

D. GAR.

¿Quién la condena
dictó sobre él? El ansia desmedida
del que debe pagarnos con su muerte
la traidora asechanza á nuestra vida.
No fué bastante á ese hombre el que Pizarro
invistiese á tan mísera persona
con el manto imperial, ni que en el carro
de nuestro propio triunfo la corona
ostentase en su frente. Estoy creyendo
que teníais razón en llamar vana
la muerte de Atahualpa; ¿á qué el estruendo
de tanta vocinglera algarabía,
si vamos á tener hoy y mañana
y después de mañana cualquier día
que repetir esa lección?

D. AL.

Yo os digo
que la traición de ese hombre no es de tanto
merecedora al fin. Es enemigo,
y, como á tal, juzgámosle: si fuera
nuestro, tal vez lo que nos causa espanto
nos diese admiración.

D. GAR.

Quien os oyera
sin conoceros, pensaría...

D. AL.

Nada
me puede convencer de que es en vano
lo que os digo. La muerte está dictada.
¡Morirá! Si queréis, sea yo mismo
quien al cadalso le conduzca. Ahora,
escuchadme en silencio: la traidora
actitud de aquel hombre es heroísmo.

D. GAR.

¿Heroísmo decís?

D. AL.

¡Sí! Yo hace un rato
le he arrojado á la faz de la conciencia
toda nuestra amistad, nuestro buen trato,
nuestro amor para él. La delincuencia
le he mostrado del hombre que traiciona
á quien le dió un hogar,—¡no una corona!—
Y bien; yo ahora he de jurar que el día

que por salvar la honra á mi bandera,
sintiese acaso peligrar la mía,
de la honra también me desprendiera
y sin vacilaciones la daría.
Ese hombre es un traidor. ¡Bien castigado!
La muerte se le da. ¡Bien merecido!
Pero si en la traición se ha deshonrado
y en cadalso ha de ser escarnecido,
mártir es de su raza. Una aureola
á veces hasta el crimen dignifica;
porque si es héroe quien su vida inmola
héroe es también quien su honra sacrifica.

D. GAR. Vos siempre soñador.

D. AL. No lo soy tanto,
ya que apruebo la muerte de aquel hombre;
pero al fin su heroísmo me da espanto,
que es como admiración.

D. GAR. Tal vez, un nombre
diverso le daríais, si la suerte
le hubiese en nuestra contra protegido.

D. AL. Pero ¿á qué discurrir cuando la muerte
segura está de ese hombre? ¿Ya han traído
á Calcuchima?

D. GAR. ¡Sí! Y en el tormento
desatará la lengua.

D. AL. Estoy seguro
de que el Inca confiesa.

D. GAR. Sólo intento
los detalles saber. No me apresuro
á denunciar ante Pizarro nada,
puesto que ambos sabemos solamente
lo que ocurre, hasta ver asegurada
la verdad... la verdad resplandeciente.
Toparca no ha de huir, y Calcuchima
confesará. Las órdenes he dado
para el tormento. Ansío ya de encima
arrojar este peso que me he echado.

ESCENA VI

DON ALONSO, DON GARCÍA y DON RODRIGO

D. ROD. (*Viniendo del lado de la fortaleza, con gran sobresalto.*)

Don García... ¿Qué pasa?... Hay dondequiera un extraño rumor. Murmuran todos de vuestra lealtad; y no hallo modos de sostener vuestra actitud.

D. GAR. Beodos han de estar los que así hablan, Don Rodrigo. Bastante conocéis mi alma y la vuestra para que permitáis que hagan conmigo conversación tan poco edificante: el que va por delante á la palestra, debiera de ir en todo por delante.

D. AL. Pero no atino á comprender.

D. ROD. (*A Don García.*) Sospechas de ese amor que sentís hacia la hermosa hija del Sol... Los unos dan por hechas concesiones, en cambio de una cosa que imposible es creer: diz que la clave tenéis de una traición; y que por ella habéis logrado, en cita misteriosa, los ansiados favores de la bella. Diz—y esta es ya la inculpación más grave—que habéis hecho un tejido de invenciones para impedir la unión y el regocijo de esos enamorados corazones.

D. GAR. (*Don Alonso. ¿Lo oís?*) Pues quien tal dijo—lo podéis repetir—no es caballero, ni nació buenamente.

D. AL. Es un infame.

D. ROD. Reflexionad, al fin, que si el primero en saber lo que sois—dejad que os llame mi amigo de verdad—es el que os cuenta

el rumor que circula, es ya probado que la duda con algo se alimenta y nadie á pensar bien está obligado ante el misterio aquel con que se dice que habéis hecho apresar en el camino á Calcuchima.

D. GAR. En fin: sé lo que hice; y explicaciones niego al peregrino rumor de que me habláis. Pizarro en breve tiene ya que volver de ese vecino valle que fué á explorar. Yo aquí entre tanto vuestro capitán soy. ¿Quién, pues, se atreve á sospechar de mí?

D. ROD. Creed que cuanto os dije, sólo fué por el deseo de evitar un disgusto.

D. AL. Id sin demora á calmar tales ánimos.

D. ROD. Yo creo que Pizarro antes de la nueva aurora ha vuelto ya, para asistir á aquella ceremonia nupcial... La Ñusta es bella y vuestra alma vehemente...

D. GAR. ¡No traidoral

D. AL. Alguien viene: callad.

D. ROD. ¡Quién sabe es ella!

D. GAR. Ella debe de ser... ¡Feliz estrella la que os trajó!... Esperad... ¡Veréis ahorala
(*Don Alonso y Don Rodrigo se apartan al foro.*)

ESCENA VII

DON GARCÍA y la ÑUSTA

LA ÑUS. (*Por la izquierda.*)
Don García... ¿Estáis solo?

D. GAR. Os esperaba.
Me fué á decir la joven compañera

que deseabais hablarme: de manera
que os vine aquí á aguardar.

LA ÑUS. ¡Esto ya acabal

¡Al fin! Ya veis cuán pronto arrepentida
hacia aquí vengo.

D. GAR. El corazón, señora,
no os pertenece.

LA ÑUS. Pero sí la vida;
¡y os la quiero ofrecer!

D. GAR. ¿Así que ahora
os ablandáis á mí? Decidme. ¿Acaso
una nueva traición engañadora
os mueve á dar tan decisivo paso?
¿Tal vez una esperanza es la que os guía
á consolar tanto dolor que un día
os hizo ver mi corazón? No intento
saber lo que sentís; más ¡ay! yo siento
siempre ese mismo amor que antes sentía.

LA ÑUS. Si es que me amáis así, bendita hora
ésta en que vengo á vos. Si es cierto cuanto
me decís con palabra tentadora,
si lo es el profundísimo quebranto
que demostráis, si en lo íntimo del pecho
guardáis esa pasión no comprendida
antes por mí, decidme: ¿habrá derecho
á pedir algo, al entregar mi vida?...
¡Ah! no extrañéis que os hable de manera
que vende mi inquietud... La pasión fiera
que sentís, triunfará: dadlo por hecho;
pero antes... antes quiero que el destino,
que así me arrastra á vos, logre siquiera
de vuestra parte...

D. GAR. ¡Ah, sí!... Ya lo adivino...

¿Mi silencio, verdad?... El alma entera
os daría, señora... Es tal el fuego
que provocáis en mí, que acaso ciego
os daría el honor... No importa nada
la muerte... la deshonra..., si es que al ruego

os rendís de mi fiebre apasionada.
¿Lo comprendéis al fin? Pedidme todo
lo que deseáis de mí. ¿Queréis que en lodo
sepulte mi pasión? ¡Pues sepultada!
¿Queréis que arroje al fondo del abismo
mi legítimo orgullo? ¡Pues lo arrojo!
¿Queréis que haga proezas de heroísmo?
¡Pues las haré, señora, á vuestro antojo!
El bien y el mal, lo grande y lo pequeño,
cuanto de mí quisierais os daría,
por realizar al fin mi único ensueño,
porque al fin fueseis mía y sólo mía...

LA ÑUS.

¿Entonces, aceptáis? Vos solamente
pudieseis conseguir...

D. GAR.

¿Vuestros favores?
¡Repetídmelo! (¡Oh Dios! ¡oh Dios clemente:
gracias, porque al fin triunfan mis amores!)
¡Repetídmelo! Quiero nuevamente
escucharlo de vos: que mis oídos
se regalen así con la palabra
de vuestro corazón. (Alma, sentidos:
¡regocijáos al fin!) Después... que se abra
el infierno ante mí. ¿Verdad, señora,
que mía queréis ser? ¿Verdad que ahora
soy vuestro único dueño?

LA ÑUS.

¡Sí!

D. GAR.

¡Dios mío!
¡Oh, qué felicidad!... Pero ¡ay! ya basta.
¡Basta!... Mi corazón sin albedrío
palpita á vuestros pies, mi honor y todo
rindo por fin á la pasión nefasta
que me inspiráis, me arrastro por el lodo:
ya lo veis, ya lo veis; mas no habrá modo
de que mía seáis... Tal es mi raza:
vos no lo comprendéis... No hay amenaza,
no hay ruego, no hay dolor, no hay alegría
que nos pueda vencer: Guzmán el Bueno
triunfa en esta alma, alienta en este seno,

tiene que vivir mucho todavía...

LA ÑUS.
D. GAR.

¿Me rechazáis?

Y bien, señora mía:

dejad que yo os admire. La proeza que soñasteis hacer es de grandeza heroica: lo comprendo y os admiro. ¡Cuánto os debió costar! ¡Oh, qué terrible tuvo que ser vuestro arrebató: el giro de un alma alrededor de un imposible! Admiración me dais... Yo ¿qué os inspiro? Mucho sufrís—lo dice vuestra frente— ya que, rendida á mi amoroso abrazo, os venís á ofrecer heroicamente; pero más sufro yo... ¡porque os rechazo!

LA ÑUS.
D. GAR.

¡Don García, piedad!

Piedad yo pido

¡ay! también para mí. Cuando, hace poco, os rogué de pasión estremecido, y vacié el corazón en vuestro oído, y os dije cuanto os dije, estaba loco de dolor; mas creed que no era tanto ese dolor como este que hoy me exalta. Entonces vos gozabais: sí, señora. Me hicisteis ver la irresponsable falta de algo que ignoro aún. Sufrí la ofensa, porque os amaba. ¿Comprendéis ahora qué profundo pesar, qué angustia inmensa es para mí el tormento que os devora?

LA ÑUS.
D. GAR.

¡Por vuestra madre, hacedlo!

¡Oh, madre mía!

¿Para qué la invocáis? Recuerdo el día en que la dí el adiós. La dejé sola; pero, llena de heroica bazarria, me estimuló á partir: es española... A veces, cuando pasa ante mis ojos una de vuestras garzas por el Cielo, no sé por qué rarísimos antojos me imagino el adiós de su pañuelo...

No me importa morir: es un instante.
Turba apenas mis sueños de soldado
su faz envuelta en pálida aureola;
porque pienso ¡ay de mí! que más constante
que el dolor del que muere abandonado
es el dolor de la que vive sola...
¿Para qué la invocáis? ¡Oh madre mía!
No debéis invocarla: es española.
¡Si me pudiese oír, me abrazaría!

LA ÑUS.

Por vuestro Dios.

D. GAR.

¿Mi Dios?

LA ÑUS.

Desde hoy adoro

á ese Dios de piedad.

D. GAR.

¡También es justo!

LA ÑUS.

En nombre de ese Dios, piedad imploro...

D. GAR.

Sería profanar su nombre augusto...

LA ÑUS.

Enseña amor.

D. GAR.

Mas sin ruindad lo enseña.

LA ÑUS.

Él siente compasión.

D. GAR.

Yo también lloro.

LA ÑUS.

¡Él es grande en la Cruz!

D. GAR.

¡Mi alma es pequeña!...

ESCENA VIII

DON GARCÍA, la ÑUSTA y el INCA

EL INC.

(*Por la izquierda.*) ¡Basta!

LA ÑUS.

¿Lo oís, señor?

EL INC.

Todo lo he oído.

D. GAR.

Y bien, ¿vos qué decís?

EL INC.

Que sois un hombre.

LA ÑUS.

Todo ¡ay! inútil fué.

EL INC.

Yo estoy perdido;

pero dejad, hispano, que me asombre
de vuestro corazón.

D. GAR.

(*Hacia el foro.*) ¡Eh, compañeros!

EL INC.

¿Pedís auxilio? ¡No! No pidáis nada.

(Aparecen Don Alonso y Don Rodrigo.)

No desnudéis en vano los aceros.

(Entrégale su espada á Don García.)

Vos sois digno de mí: tomad mi espada.

ESCENA IX

DON GARCÍA, la ÑUSTA, el INCA, DON ALONSO
y DON RODRIGO

LA ÑUS. Oid, señor; yo correré la suerte
que os espera también.

EL INC. ¿Decís?

D. GAR. ¿La muerte?

LA ÑUS. *(A D. García.)* Sí; porque no creáis que fuera en vano
el que viniese á vos... Antes con mano
decidida froté sobre mi boca
el veneno en que moja nuestra gente
sus flechas...

D. GAR. ¿Qué decís?

EL INC. ¿Estabais loca?

LA ÑUS. Tarda en matar.

EL INC. Sí; mata lentamente.

D. GAR. ¿Irremediable es ya?

EL INC. ¡Qué horrible peso

el de la profecía!... Estoy salvado
del patíbulo infame... ¡Oh! ¡Dadme un beso!

LA ÑUS. Ya me siento morir, mi bien amado.

(Béasense el Inca y la Ñusta, y forman grupo aparte. Ella desfallece.)

D. GAR. *(A Don Alonso y Don Rodrigo.)*

Ya vosotros lo veis. Id, Don Rodrigo,
á decir cómo el corazón que un día
halló en el vuestro un corazón amigo,
es de respeto digno todavía.

Decid lo que escuchasteis. Soy más fuerte
que el amor, ya lo veis; pero asimismo

el amor lo es también más que la muerte.
Si lo que hace mi amor es heroísmo,
imaginad mi angustia sin medida;
¡y decid cómo he dado, de esta suerte,
al deber mi alma y al amor mi vida!

D. ROD. ¿Qué intentáis? (*Sujétale la diestra, en que blande la espada del Inca.*)

D. AL. ¡Eso no!

D. ROD. ¡Tened la mano!

D. AL. ¡Reflexionad, por Dios!

D. GAR. Mas, ¿qué os extraña,
si todo lo perdí?

D. ROD. Habláis en vano:
vos tenéis otro amor...

D. GAR. (*Suelta la espada.*) Es cierto: ¡España!

TELÓN

ERRATA

Página 17, verso 23, debe decir:

no esperéis nunca que *su* rumbo tuerza



